

LA concesión de los Premios Nobel de la Paz a Kissinger y Le Duc Tho ha sorprendido, sin duda, a los que siempre se sorprenden. El Nobel de la Paz tiene una larga historia de paradojas a la que no es ajena su propia fundación por Alfred Nobel, inventor de la dinamita y por lo tanto de la guerra de grandes destrucciones, que no ha cesado ya nunca más. En este caso, el Nobel a Kissinger (Le Duc Tho fue añadido al final, por insistencia de uno de los cinco miembros del jurado noruego, el profesor Sannaes, y se aceptó para «tragar la píldora», pero dos miembros han dimitido después en acto de protesta) significa el Nobel de la Paz para Nixon. El propio Kissinger ha dedicado la cuestión a Nixon: «Este premio representa un reconocimiento del propósito central de la política exterior del Presidente, que es la consecución de una paz duradera. Estoy agradecido al Presidente por haberme dado esta oportunidad, y también por crear las condiciones que hicieron posible llevar las negociaciones del Vietnam a una conclusión de buen éxito». Buen éxito que, por cierto, todavía no ha llegado: la «guerra del alto el fuego» prosigue aún.

Kissinger tiene razón. Un secretario de Estado no es más que un secretario, y por eso se llama así, en una administración política dirigida por un presidente. Otros cuatro secretarios de Estado de los Estados Unidos han tenido el Nobel de la Paz, y qué duda cabe que sus méritos correspondían a sus Presidentes. Por ejemplo, el general Marshall, en 1953. Marshall fue el autor del rearme de los Estados Unidos, uno de los creadores del plan de desembarco en Normandía y el embajador de su país en China, que cometió el grave error —desde el punto de vista de su país— de sobreestimar las posibilidades de Chiang Kai Chek sobre las de Mao, cuando hubiese sido posible una negociación entre los dos. Fue él quien más tarde, siendo secretario de Defensa, preparó y ejecutó durante un año la campaña de Corea. Pero en el interregno, entre China y Corea, Marshall lanzó el plan que llevó su nombre, que era una prolongación de la doctrina Truman ya iniciada en Grecia y Turquía. El Plan Marshall fue un instrumento de la guerra fría, separó a las naciones entre buenas y malas, creó la barrera real de lo que metafóricamente se había llamado telón

de acero y, en resumen, la política de Marshall —que era la política de la Casa Blanca— ha tardado muchos años en desenredarse. Lo curioso es que aquel año se le dio el Premio Nobel de la Paz por no dárselo a un hombre cuya invocación despertó considerable revuelo: Winston S. Churchill. Un hombre que dedicó toda su vida a la guerra, desde su aparición como voluntario en la de Cuba —al lado de los Estados Unidos, frente a España— hasta la segunda guerra mundial, y que después intentó por todos los medios que occidente declarase la guerra a la URSS. Para evitar el escándalo y para quedar bien con Churchill, se le entregó ese mismo año el Nobel de Literatura, lo cual es otra incongruencia. Pero la literatura lo admite todo con más facilidad.

A veces, el Premio Nobel no ha ido a secretarios de Estado o a «mandados», sino a Jefes de Estado. Teodoro Roosevelt lo obtuvo en 1906. ¡Teodoro Roosevelt! Era el hombre que proclamaba que la política consistía en «hablar poco y llevar un palo gordo». El palo gordo, el «big stick» —que, por suavi-

dad del lenguaje, se suele traducir como «el gran bastón»—, fue su política preferida para toda Hispanoamérica, en la que actuó también desde la misma guerra de Cuba, como coronel de los «Rough Riders», voluntarios contra España —donde el joven Churchill estaba iniciando su aprendizaje de guerrero—, hasta la rotura de Colombia para la creación del Estado de Panamá, que sirviese para la construcción del canal; mediante el envío de barcos de guerra y de soldados, desde luego. Y cuando en la guerra mundial el Presidente Wilson pretendió la neutralidad, Teodoro Roosevelt, ya retirado, hizo una enorme campaña en favor de la guerra. Pero en 1905 hubo de actuar como mediador en la guerra ruso-japonesa, y ello le valió este Nobel de la Paz.

Ciertamente que no toda la historia de los Nobel de la Paz es tan contradictoria y tan exasperante como la que muestran estos ejemplos. Desde la baronesa Berta de Suttner, quien, con su novela «¡Abajo las armas!» despertó un verdadero horror a la guerra y fue precursora de la literatura pacifista, has-

ta las víctimas del racismo Martin Lutero King (negro de los Estados Unidos) y Albert Lutuli (negro de Africa del Sur), pasando por el padre Pire, belga; por Linus Pauling, de los Estados Unidos (que en 1954 había obtenido ya el de Química, y en 1962 obtuvo el de la Paz por su continua denuncia de las armas nucleares), algunos grandes nombres de la paz han aparecido en la lista, junto a los de organismos o instituciones, como la Cruz Roja, la UNICEF o el Instituto de Derecho Internacional.

Para ese año se habían barajado otros nombres. El principal era el de Helder Cámara: el obispo de Recife (Brasil), en torno a cuyo nombre se ha unido la iglesia católica social y progresista en América Latina. Se había propuesto el de Sajarov, pero se consideró que había llegado fuera de plazo. Quién sabe, si hubiese llegado a tiempo, si los cinco de Oslo no hubiesen cometido fácilmente una nueva contradicción. Sajarov, hombre de indudable valor cívico en estos momentos, que sostiene una difícil lucha frente a las formas de poder de la URSS, fue uno de los creadores de la bomba nuclear soviética —se le ha llamado «el padre de la bomba»— y, en realidad, su posición actual consiste en negar la validez de la coexistencia y pedir a las naciones occidentales que regresen a la guerra fría. Fuera de plazo llegó también el movimiento que pedía el Nobel de la Paz para el Presidente Allende, muerto en defensa de una constitución y de unas formas democráticas de vida que ni siquiera eran las suyas.

Estos nombres, quizá algunos más, se han borrado para hacer florecer el de Kissinger-Nixon, con el aditivo de Le Duc Tho. El acta dice que así se premia su habilidad para «evitar la desconfianza y crear el respeto mutuo necesario».

Y así, el 10 de diciembre, en el aniversario de Alfred Nobel, Kissinger y Le Duc Tho volverán a encontrarse, esta vez en Oslo, para recibir sus cien mil dólares —que tendrán que repartirse—, sus medallas y su diploma. Mientras, en los frentes de Indochina continúan produciéndose las muertes de una guerra, con la que no pudieron acabar, y mientras quizá todavía en Israel se estén recibiendo las armas de los Estados Unidos, a cuyo envío tan notablemente contribuye el secretario de Estado Kissinger. ■
J. A.



LAS PARADOJAS DE LOS NOBEL DE LA PAZ